

# Piura como Recuerdo

por *Sebastián Salazar Bondy*

De las ciudades del Perú que conozco, Piura es de aquéllas que conjugan mejor el sedimento de una vieja y sólida tradición y la activa vitalidad de una juventud que se adivina permanente. No se trata sólo de ese hálito de progreso material que emana del movimiento urbano, de sus construcciones y sus empresas. Es la salud espiritual de sus gentes, ese ánimo en el cual se dan, sin conflicto, un alegre sentimiento de vivir y una señorial actitud, madura y grave, ante los hechos. Sus hombres heredan historia, e historia cuyas raíces la tierra sustenta firmemente. Y aquí no hay metáfora. Hombre y tierra están vinculados, comunicados diría mejor, con evidencia palpable, a pesar de que ésta, para ser domeñada, requiere del continuo y total esfuerzo de aquél. Piura no es una mesa puesta. Desiertos sedientos, arenas solitarias, rodean el valle en cuya entraña el desvelo humano pone, año tras año, una esperanza no siempre premiada.

Pero esto es precisamente lo que determina la singularidad de este núcleo humano. El diálogo del habitante y el medio es aquí paciencia y optimismo, lo que resulta admirable. La huella se pierde en las soledades, pero el pie no deja de repetir su paso una y mil veces. La desconfianza, la amargura, la acritud, reflejos como son del empeño infructuoso, están sustituidos por una plenitud consciente, generosa, hospitalaria, expresada en la disponibilidad para dar que mueve la mano de cada ser con el cual el forastero se encuentra. Y esta nota no es sólo característica de las clases altas y medias, sino también del pueblo, pululante multitud de rostros expresivos, en cuyas palabras, gestos y ademanes se descubre igualmente inocencia y sabiduría, pureza y profundidad. He aludido al diálogo que se entabla en Piura entre hombre y mundo, porque son esas voces —manifestación colectiva de un suceso sin pausa— las que más rápidamente se escuchan en cuanto el extraño comienza a pertenecer a la ciudad.

El paisaje es, de algún modo, el troquel de esta personalidad. Junto al eriazó y sobrenatural imperio de la arena, que apenas puede romper esa flora dura y contenida que más bien parece afirmarlo,

bruscamente el valle frutal, que el río crea y multiplica con pertinacia, nace como un don inesperado. Hasta el instante en que el agua no ha prodigado así su magnífica fecundidad —milagrosa siempre—, el desierto constituye otra forma de la sobrenaturalidad. Se dice, para usar cómodamente un término impreciso, que es un paisaje mágico. La prosperidad del vocablo explica bien que no es sencillo definir qué es lo que él nos atrae y encanta. La dualidad del medio (tierra primigenia, anterior a los hombres y a la vida, y tierra consumada, ordenada por el hombre y por la vida) se transmite a quienes la pueblan en esa doble —y paradójicamente única— presencia de la serenidad y el vigor que con contornos tan nítidos allí se aprecia.

Quizá los números, las estadísticas, las tablas comparativas, todos esos eficaces medios para llegar a conclusiones verídicas sobre el progreso, demuestren que Piura adelanta en forma vertiginosa. Desde su fundación, cuando los pioneros de la conquista avanzaban en busca de los paraísos fabulosos que imaginaron, hasta hoy, no hay nada en ella que no se deba al trabajo. No se ve por ningún lado algo que no sea respuesta a una suscitación humana. Es decir, que la naturaleza no se ha ofrecido, como en otros sitios, a la manera de un aguinaldo providencial. Y este es, en verdad, el secreto del continente que Keyserling sintiera como detenido en el tercer día de la creación. La realidad está, desde hace siglos, siendo incorporada lentamente al corazón de los hombres, y lo que ahora vemos, lo que ahora creemos hecho, es únicamente el augurio de mañana. Por eso es que Piura, donde tal conquista es tan notoria, el futuro se anuncia poderosamente.

Cuatro días son pocos para formarse un juicio claro y definitivo sobre un pueblo. Ahora recuerdo semblantes transparentes, planicies calcinadas por el sol de un invierno fúlgido, músicas regocijadas que cantan al amor, calles colmadas de seres que van y vienen, y algarrobos, zapotes, aromos... Todo esto, y más aún, como una ráfaga vital que me hubiera dado en los ojos durante un breve y grato sueño.

23 Julio 1953